

LA HOMILIA DE MONSEÑOR RIVERA Y DAMAS DEL 4 DE ABRIL



El 4 de Abril presentaba a la homilía de Mons. Rivera y Damas dos problemas graves. El de explicar por qué la Arquidiócesis -no digamos ya la Conferencia Episcopal de El Salvador- no había celebrado oficialmente y con la importancia debida el segundo aniversario del martirio de Monseñor Romero, y el de tomar posición ante las elecciones habidas el domingo anterior, el 28 de Marzo.

Monseñor Rivera se lamentó que "por las circunstancias que ha estado atravesando el país" no se hiciera en la Catedral lo que se había programado. Pedía comprensión para esta medida. Una difícil comprensión. Ya una Misa en catedral es poca cosa para mantener viva la presencia de Monseñor Romero, al que la historia consagrará no sólo como el Obispo más importante y más cristiano que ha tenido la República sino como un punto de referencia necesario para medir el pulso evangélico de nuestros pastores y de nuestra pastoral. Pero ni esa Misa se tuvo. Y a la hora de las esquelas eclesiásticas se estuvo también muy tibio. Demasiada prudencia. Si a los cuatro días se pudieron tener elecciones masivas, al menos en la capital, no se ve qué inmenso peligro se corría con una misa en catedral. Nos recuerda esto los temores que se vertieron cuando la misa en memoria del Padre Gandre, impulsada por Monseñor Romero contra las advertencias del Gobierno, del Nuncio y de los otros Obispos. Aquella misa se tuvo, porque gestos como éstos animan al pueblo cristiano.

En la homilía y con mucha brevedad Monseñor Rivera pretende hacer un "justo y merecido recuerdo". Lo hace en 23 líneas. Desautoriza en cinco de ellas a quienes convierten a Monseñor Romero en banderín o motivación de sus luchas, aunque reconoce que quienes tales hacen "solo ven una parte de su mensaje". En otras cuatro líneas muestra su inconformidad con quienes sólo lo recuerdan de una manera sentimental, cosa que ve como importante, pero insuficiente. Las restantes catorce líneas son para quienes mantienen la actitud correcta: los que tratan de imitarlo, reactualizando su espíritu en su trabajo pastoral. Subraya Monseñor Rivera que las circunstancias



actuales son "cualitativamente distintas a las que él vivió", lo cual justificaría el que se deaban hacer cosas distintas a las que él hizo. Pero la pregunta es: ¿son cualitativamente distintas desde el punto de vista político -lo cual nos parece cierto- o son distintas desde el punto de vista evangélico? ¿Hay hoy menor represión, menor violencia, menor persecución del pueblo, menor necesidad de denuncia, menor urgencia de aliento, menor exigencia de testimonio? El amor y la encarnación en su pueblo que Mons. Rivera reconoce a Mons. Romero debe especificarse mucho más para que la imitación -mejor diríamos el seguimiento o el proseguimiento- produzca la vitalidad en la arquidiócesis que había cuando Mons. Romero la presidía.

El segundo acontecimiento importante que comentaba la homilía era el de las elecciones para la Constituyente. Al parecer de Mons. Rivera "se pueden dar por satisfechos quienes concibieron, prepararon y llevaron a feliz término este evento electoral", lo cual ~~le~~ le lleva a felicitar al Consejo Central de Elecciones y a su Presidente, a la Junta del Gobierno y la Fuerza Armada, aunque su felicitación más efusiva "es para el Pueblo mismo, que con su masiva participación ha asumido su papel de protagonista que le corresponde". Aparentemente hubo una masiva y sobre todo una valiente participación del Pueblo. De creer al CCE más de un millón y medio de votantes. Pero este gran número y el análisis de su posibilidad ha suscitado graves dudas. Así como no hay quejas de la proporción de dos votantes entre los diversos partidos, hay de momento muy fundadas sospechas de que ese número de votantes ha sido "masivamente" multiplicado.

En la explicación cualitativa del voto Mons. Rivera se muestra más cauto.. Piensa que la votación implica un deseo de paz, un cese de la violencia y un deseo de que haya proyectos positivos para un cambio social y político. Más aún parece insinuar una crítica a los partidos que se han unido contra la DC, después de haber presentado por separado a los electores unos proyectos distintos. Y ve muy bien que los constituyentes deben abordar los problemas vitales que están a la base del conflic-



to. Como tales señala "la burla y frustración del pueblo, la mala distribución de la riqueza, la guerra y la paz, los asesinatos impunes, los reos y desaparecidos políticos, los refugidados, etc."

También se refiere a la guerrilla para que analice el significado del dictamen del pueblo, sin preguntarse críticamente cuánto pueblo votó y en qué condiciones y cuánto dejó de votar. No hay duda de que lo hizo mucho pueblo, pero es necesario cuantificarlo críticamente y cualificarlo con agudeza. Con todo no le dice a la guerrilla que abandone las armas o que entregue las armas, como han repetido varios medios de comunicación social. Dice que "la guerrilla tiene que dejar el camino de las armas y de la destrucción, para buscar otros caminos que le permitan ganar credibilidad y confianza para contribuir positivamente en la reconstrucción del país y al advenimiento de la paz". Pero la guerrilla ya ha ofertado dejar el camino de las armas y de la destrucción para inclinarse por el camino pacífico de la negociación. Lo que sí es cierto que la guerrilla debe ganar credibilidad y confianza entre mucha gente, que no las tiene respecto de ella.

Finalmente tras el paréntesis de las elecciones Mons. Rivera presiente que el momento post-electoral "está lleno de densos nubarrones, de incertidumbres, como cuando una tormenta se avecina". Las elecciones en sí mismas no son la solución. ¿Servirán para avanzar en busca de la elección? De momento no se ve que sea así. Había que pasar por ellas. Pero el mero pasar servirá de poco. Hay que seguir otro camino, que no sea el de la destrucción y el de la represión, que han sido los caminos seguidos hasta el día mismo de las elecciones.

17-Abril-1982